

II

Verdad bien conocida y observación á todos familiar, es que las pérdidas inmensas que sufrió la Iglesia Católica en Europa, en el siglo XVI, se compensaron con creces merced á las espirituales conquistas llevadas á cabo en el Extremo Oriente, y sobre todo en el Nuevo Mundo. A uno y otro envió ella á celosos y santos Apóstoles, que completaron sus cuadros y manifestaron hasta la evidencia á amigos y á enemigos, que es universal, no sólo en principio y por derecho, sino también por el censo material de sus numerosísimos hijos. El más grande de esos Apostólicos varones se encaminó en dirección opuesta á nuestro país, é hizo de la India y el Japón el teatro de sus hazañas. Bien conocéis su nombre. Era San Francisco Javier, Apóstol digno de los primeros doce escogidos por el mismo Jesús, que bautizó con sus propias manos mayor número de hombres que el que Martín Lutero y Enrique VIII habían segregado del seno de nuestra Madre la Iglesia. Era en verdad el siervo fiel del Celestial Padre de familias, que fué en su nombre á plantar una viña en las regiones del Sol naciente. Mayor taumaturgo, predicador más incansable, sacerdote más santo, héroe más

denodado, no puede hallarse en los anales de la Historia Eclesiástica.

¿Pero por qué, con tal fundador y sembrador semejante no ha producido uvas aquella viña, ni en la estación debida, ni muchos siglos después de haberse dado en arrendamiento á otros labradores? En primer lugar, porque la tierra era estéril y el sembrador no tenía los medios de librarla de las piedras de la idolatría y arraigadas preocupaciones. Se debe también á que el Señor en su arcana providencia no le permitió construir esa cerca que, como hemos visto, se forma de guerreros armados como los que circundaban la Ciudad de David, ó de leyes justas y equitativas, como las que os protegen en este país (los Estados Unidos). Fué porque no se edificó una torre para defensa, ni se excavó un lagar de donde pudiera salir un chorro continuo de clero que mantuviera viva la fe encendida por los primeros predicadores. Así es que los sudores de San Francisco Javier fueron vanos; y en vano se ha derramado la sangre de tantos mártires en el Japón, el Tonkín y la Cochinchina.

Cuán diversa ha sido la suerte de la Religión en Occidente. Los primeros frailes de vuestra propia familia Franciscana, señor Delegado Apostólico, ó de la Merced ó de Santo Domingo, no vinieron solos ni sin defensa. Los conducían y acompañaban acerados guerreros, que á su modo eran también Apóstoles, y más que por la gloria ó el poder ó el oro, combatían por la propagación del Reino de Dios. Ante todo, hallaron el te-

rreno mejor preparado para el Cristianismo. No había en los aborígenes esas tradiciones, esas doctrinas que en el Oriente hacen casi imposibles las conversiones. Su religión era terrible en la teoría y en la práctica; y saludaron gozosos la doctrina de Cristo, que abolía los sacrificios humanos, reprobaba el derramamiento de sangre y declaraba hermanos á todos los hombres.

El primer año del pontificado de Paulo III, el Obispo de Puebla, Garcés, escribió una larga carta al Sumo Pontífice, que es quizá el documento más notable de aquella época gloriosa. Permitidme citar unas cuantas frases.

«No vacilaré en comunicaros, Beatísimo Padre (dice el celoso Obispo) cuanto he podido saber acerca de la nueva grey que acaba de agregarse á la Santa Iglesia. . . . No son los niños indígenas hostiles á la Fe ortodoxa, ni obstinados, como los Judíos ó los Mahometanos. No sólo llevan á los labios la copa de la doctrina cristiana, sino que la apuran y la agotan. Aprenden más pronto que los muchachos españoles los artículos de la Fe, y retiene cuanto se les enseña. . . . No son ruidosos, ni pendencieros, ni inquietos, ni díscolos, ni soberbios, ni altaneros; son por el contrario, apacibles, timoratos, disciplinados, obedientes á sus superiores, condescendientes con sus iguales, nada chismosos, ni mordaces, ni desvergozados; y se hallan libres de esos vicios que tanto abundan entre los chicos de nuestra España.»

Este es sólo un breve fragmento del panegírico que

de los neófitos hace el Obispo, transcurridos apenas catorce años desde la conquista de México. Con terreno tan fértil, fácil era sacar, material y moralmente, las piedras de la idolatría. Los modernos arqueólogos han echado en cara con amargos vituperios á los celosos Franciscanos, y muy particularmente al primer Obispo de México, el haber destruido muchas obras de arte de inestimable valor. Puedo aseguraros que nada se destruyó que algo valiera: nada, excepto una que otra piedra toscamente labrada y de forma monstruosa. Pero aun suponiendo que así hubiera sido, decidme en conciencia: ¿qué cosa es mejor, destruir, con el objeto de remover tentaciones, unos cuantos pobres ejemplares de bárbara escultura, ó establecer fábricas de ídolos para su exportación al Oriente, como se dice que acostumbran hacerlos de las naciones más civilizadas del Viejo y del Nuevo Mundo? Como quiera que sea, en pocos años se bautizaron en la Nueva España, nueve millones de aborígenes.

No fué tan fácil transplantar á su suelo cepas escogidas, como lo había sido en Jerusalén; y con todo, se llevó á cabo la obra gigantesca. Si alguna vacilación hubo en Europa, desapareció prontamente con la carta entusiasta al Sumo Pontífice, que acabo de citar. «Creedme, Beatísimo Padre (así terminaba el insigne Obispo) desde que la verdad Evangélica empezó á brillar en el mundo. . . . no ha habido en la tierra empresa más meritoria para la Iglesia Católica, que esta dis-

tribución de sus espirituales tesoros entre los Indios. Ojalá y todos puedan ver que vuestro corazón Apostólico desea con ansia enviar cuantos operarios sea posible á trabajar en este suelo fecundo. Esforcémonos por convertir tantos idólatras, cuantos han sido los cristianos que han seducido en Europa los sectarios de Mahoma. . . . Procurad imitar al Señor Dios de los ejércitos, cuyo Vicario sois, y que parece que no sólo convida ó envía á sus Apóstoles á esta parte del Mundo, sino que los empuja y los compele á combatir el buen combate.»

El Padre Santo, con hechos todavía más que con palabras, correspondió á la ferviente exhortación del buen Obispo. Hacia el fin del mismo siglo XVI, había en México un Arzobispo, diez Obispos, una Universidad, muchos colegios, más de cuatrocientos monasterios y conventos, y otras tantas parroquias, confiadas al clero secular.

La Viña era ya perfecta, aun en esa hora tan temprana de nuestra historia eclesiástica. La mística torre, simbolizada por el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, le aseguraba la protección del cielo, y era el baluarte contra la herejía y la infidelidad. El lagar trabajaba sin cesar, y los diversos Seminarios y Conventos, no sólo suministraban el número constante de sacerdotes que requerían las necesidades de las diócesis y misiones domésticas, sino que enviaban no pocos á remotas regiones. Bien sabéis, Señor Delegado Apostólico, que de los primeros seis mártires del Japón per-

tenecientes á vuestra religión Franciscana, uno era natural de la Ciudad de México, y cuatro habían terminado su educación en uno de sus Conventos. Su construcción era tan sólida y su manejo tan diestro, que á fines del Siglo XVIII se hallaba todavía en perfecta actividad, como lo prueban los once mil sacerdotes de ambos cleros, ordenados por el solo Arzobispo Haro y Peralta, cuyo episcopado terminó con su muerte en 1800.

Cien años antes, los primeros misioneros del Orden de San Francisco habían venido á Texas á convertir y á civilizar á los naturales. No era tan fácil su tarea. Las tribus salvajes que vagaban por sus llanuras, no eran tan mansas ni tan bien inclinadas como los súbditos de Moctezuma. Con todo, no se desanimaron los buenos religiosos: las viejas paredes de esta Iglesia y las diversas misiones y capillas desparramadas por todo el Estado, atestiguan que aquellos hombres apostólicos trabajaron con éxito y constancia en este rincón de la Viña del Señor. Por desgracia, las tempestades que asolaron á Europa á fines del siglo XVIII, llegaron á estos campos lejanos con creciente furor, y no transcurrieron muchos años sin que torres y cercas cayeran derribados por el recio huracán. Los primeros labradores quedaron imposibilitados para el trabajo; la viña empezó á producir no sólo uvas silvestres, sino espinas y abrojos; y entonces fué cuando el Celestial Padre de familias la dió en arrendamiento á los agricultores que la han cultivado los últimos cincuenta años.

Aquí los tenéis, Señor Delegado Apostólico, en toda su gloria y esplendor. Bien han sobrellevado el peso del día y del calor. Pero aunque parecen *legión*, no son sino un puñado, insuficiente para llevar á cabo la tarea que se les ha encomendado. Una docena de Franciscanos bastaba y sobraba cuando Tejas contaba apenas con unos cuantos millares de habitantes, incluidas las tribus errantes. ¿Pero qué son cuatro Obispos y 217 sacerdotes para una población de más de tres millones? Un lugar más que todo, un lugar es indispensable para suministrar á esta creciente Iglesia ministros doctos y celosos, y en número suficiente. Este lugar es el que han empezado á excavar los Oblatos de María Inmaculada, y ha tocado á un ilustre miembro de la religión Franciscana, á un hermano de los fundadores de esta Provincia Eclesiástica, la dulce tarea de bendecir sus primeros trabajos.

¡Luevan de lo alto las más preciosas bendiciones sobre la viña y los labradores! Invocadlas sobre todos nosotros, Señor Delegado Apostólico. Dad testimonio de que estos labradores no hieren ni apedrean á los siervos que les envía el Padre de familias; que siempre rinden buenas cuentas de la Viña, y que bien merecen la protección del Vicario de Cristo en la tierra, y la eterna recompensa en el cielo. Así sea.



CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA ACADEMIA CATÓLICA DE CLIFF HAVEN,
EN EL ESTADO DE NUEVA YORK, DURANTE
LA ESTACIÓN ESTIVAL DE 1903.

TRADUCCIÓN DEL ORIGINAL INGLÉS EN QUE SE PRONUNCIARON.